

La Semana

## EL PROBLEMA SON LOS DOS

RAMON PI

**H**AY que suponer al lector al corriente del último escándalo relacionado con los enfrentamientos profundos entre el PSOE y el Gobierno, o, según dicen los más benévolo, entre un sector del PSOE y una facción del Gobierno (lo dicen con ánimo de mitigar la gravedad del asunto, pero no hacen sino agravarla, porque eso significaría que también el partido y el Gobierno están interiormente fracturados): la divulgación de una conversación telefónica en la que, sin duda posible, José María «Chiqui» Benegas pone de manifiesto no sólo los odios interiores del felipismo, sino la novedad de que el mismo Felipe González está ya puesto en tela de juicio en el «aparato» guerrista que domina el partido.

Se trata, en las líneas que siguen, de intentar analizar este fenómeno con la mayor serenidad, pero también con la mayor claridad posible.

## ¿A quién beneficia el escándalo?

Los más contemporizadores, o los más deseosos de que todo esto no hubiera ocurrido, se han apresurado a decir que eso no ha beneficiado a nadie, porque las elecciones municipales y autonómicas están en puertas, y el Gobierno, que es capaz de perdonar cualquier cosa (según tiene ya archidemostrado), excepto que los partidos sean el corral de las puñaladas traperas entre sus propios miembros. Cuan-

do la candorosa teoría del «mínimo problema de descoordinación» no es posible, esgrimen el esperanzado argumento de que, un día de éstos, comprenderán los contendientes que esta bronca colosal no beneficia a nadie, y perjudica a todos, incluso a la democracia misma. Pero las cosas no son así. Aquí hay perjudicados, ciertamente, pero también beneficiados.

Entre los primeros están evidentemente los guerristas del aparato del partido, con el mismísimo Alfonso Guerra a la cabeza; y entre los segundos cabe contar, desde luego, a los partidos competidores del PSOE, pero también al Gobierno y, singularmente, a Felipe González, como a continuación trataré de explicar.

Que las cosas son así lo podemos vislumbrar ya en una primera ojeada si vemos quiénes están irritados, y quiénes se ríen y tienen todas las trazas de estar más contentos que unas pascuas: Benegas, Toval, Zapatero, Matilde, pierden; Solchaga y Borrell ganan, junto al resto del equipo económico.

Y Felipe González, que está inmerso en la esquizofrenia de encabezar las dos facciones (al menos oficialmente y sobre el escenario) que —y éste es, me parece, el meollo de este asunto— estamos no ante un duelo Benegas-Solchaga, sino ante un duelo Guerra-Felipe.

## Una real historia imaginaria

En efecto, si las cosas fueran sólo como aparentan ser, hay una buena porción de aspectos que no hallan explicación: la actitud en apariencia «pasota» de Felipe, el asombroso olvido de Solchaga de que hay unas elecciones en puertas, lo sorprendentemente crecido que se encuentra Benegas hasta permitirse decir a dos interlocutores distintos que el «one» (el «uno», en inglés), también llamado Dios, «es el problema» y que «se equivoca mucho». En cambio, construyamos una historia imaginaria que, por verosímil y por mucho más lógica que lo que se ve, puede acabar siendo la historia verdadera y real:

Cuando Alfonso Guerra se va del Gobierno, lo hace contra su voluntad y presionado por Felipe, que le tiene que decir que la situación es insostenible, porque el caso de Mienmano, el despacho de Sevilla y las golferías que inundan los periódicos día tras día amenazan con triturarlo absolutamente todo. Guerra no tiene más remedio que aceptar, pero se reserva el día, la hora, el lugar y el modo de anunciar públicamente su apartamiento del Gobierno.

Pero Guerra, una vez de vuelta al partido, y con todo el tiempo del mundo a su disposición, decide tomarse venganza. No va, desde

luego, directamente contra Felipe, sino que dirige sus baterías contra el odiado equipo económico, que a su vez lo desprecia a él ostensiblemente. Las municipales y autonómicas son la primera gran ocasión para enviar un órdago al Gobierno, anunciando el programa de las cuatrocientas mil viviendas. Como ocurrió con los ochocientos mil empleos del 82, Solchaga se tendrá que callar hasta después de las elecciones, y lo que diga después tendrá menos trascendencia, si es que tiene alguna. Este es el cálculo de Guerra. Pero Solchaga, evidentemente con la luz verde de González, pincha el globo banana y populista sobre la marcha: Felipe ha visto que Guerra en el partido va a ser un problema permanente para el Gobierno y para él mismo, según ha podido comprobar en la última crisis, cuando Benegas se niega a aceptar un Ministerio; y utiliza a Solchaga como martillo, función a la que éste se presta con sumo gusto. La guerra aparente, pues, es entre subalternos (Benegas-Solchaga), pero la verdadera es en la cabeza (Felipe-Guerra). Los subalternos jamás habrían osado organizar esta inmensa zancadilla. Guerra y González no aparecen, pero están: sin ellos, todo es inexplicable; con ellos protagonizando la liza y dirigiéndola a distancia, todo es lógico.

## Carrera hacia el abismo

Pero, ¿no se daba cuenta Felipe González de la inminencia de las elecciones, y de cómo este espectáculo de navajazos políticos podría ser sumamente perjudicial? Sí; pero en el cálculo de Felipe González muy bien puede haber entrado este razonamiento: podemos perder algo, incluso bastante, en las municipales; si eso ocurre, habrá fuerte tormenta en el partido, de la que Felipe puede acabar saliendo con otro equipo electoral para afrontar las próximas legislativas, a las que llegará, además, adornado con el aura de centrista puro que acabó con las demagogias en su propia casa. Esta imagen le es cada día más necesaria a medida que el Partido Popular va incorporando a demócratas centristas irreprochables que vuelven ilusionados a la política después del descalabro histórico de la UCD. ¿Es muy sensato todo esto? Ciertamente, no; pero Felipe conoce bien a Guerra y sabe que ha de librar esta carrera hacia el abismo, a ver quién se para en el borde y quién se despeña: esta es la única dialéctica que conoce el hermano de antes este cáncer. La pregunta del millón de dólares es, naturalmente, quién se despeñará y, en caso de que no se despeñen los dos, sino sólo uno, en qué estado quedará para seguir decorosamente en política. ■

De la Isla y de las Islas

## LA ALAMEDA Y EL 25 DE JULIO DE 1797

JUAN A. PADRON ALBORNOZ

**E**N la actualidad, la centenaria Alameda de la Marina —de Branciforte, del Muelle o del Duque de Santa Elena— en nada recuerda su primitivo trazado ni, lógicamente, su frente marítimo es el mismo.

Ya no tiene la playa aplacerada en la que, al redoso del pequeño muelle, de cuando en cuando se alzaban quillas y cuadernas que, cubiertos de maderamen —casi con olor a miel— se convertían en cascos escualos y cuchillos.

La historia de la Alameda comenzó cuando, en el reinado de Carlos III, el entonces comandante general de Canarias, marqués de Branciforte, sugirió la idea del proyecto que, aceptada plenamente, de inmediato se llevó a la práctica.

Don José Desiré Dugour, en sus «Apuntes para la historia de Santa Cruz de Tene-

rife», define al marqués —que luego fue virrey de México— como persona «educada en la escuela de los hombres nobles que ilustraron el reinado de Carlos III, era el verdadero tipo de gran señor, del caballero urbano y siempre obsequioso, al par que valiente militar y entendido administrador, y empezó a señalar su advenimiento a la Comandancia de las Islas por muchas mejoras notables».

Innumerables fueron las disposiciones que el marqués de Branciforte tomó en beneficio de Santa Cruz de Tenerife. En 1785 realizó decisivas e importantes obras de carácter benéfico —hospital, hospicio, etc.— pero «no se contentó el activo general con estas mejoras. Dispuso la plantación de una alameda en la Marina y en el sitio que aún ocupa, a cuyo embellecimiento hizo contribuir a sus amigos y contertulios. Ordenó también la formación de una plataforma al extremo del muelle,

suficiente para colocar en ella artillería y aprovechar aquella excelente posición para aumentar las defensas de la bahía».

A la entrada de la Alameda, dos lápidas de mármol daban fe y paso a la Historia: «Habiendo costado por la generosidad de las personas distinguidas de este vecindario, movidas del buen gusto y deseo de reunir su sociedad en tan propio recreo.

Y estimuladas de la eficacia con que se dedica y contribuye el citado señor comandante general a la hermosura, adelantamiento y mejora de la Plaza y Población».

El paseo, de «ochenta varas de largo», tenía en su entrada un sencillo frente que, formado por tres arcos, estaba rematado por las armas reales y, a cada lado, estatuas de mármol que simbolizaban la primavera y el verano. La misma fuente —«de mármol de Carrara, sencilla pero elegante y de muy

buen gusto artístico»— que hoy duerme a la sombra verde y fresca de los laureles de Indias, nos trae evocaciones de años que fueron.

Hoy pasamos por sus cercanías sin apenas prestar atención a lo que, en unos años ya lejanos, fue orgullo de nuestra antigua y muy querida ciudad.

Santa Cruz no ha olvidado su empeño en recordar a los héroes del 25 de julio de 1797. Hace años se habló y trató de tal tema e, incluso, hubo maquetas y diseños de lo que en su día sería el monumento a los hombres que en Santa Cruz defendieron su españolidad y derrotaron a Nelson.

Tal monumento falta en Santa Cruz y, sin duda, su lugar está en la Alameda de la Marina, la obra de Branciforte y el pueblo de la ciudad marinera, de la que nació al filo de la ola y bajo el látigo suave de la brisa. ■

EN PRIMAVERA Seamos gente 10

Vamos a celebrar la primavera en Tenerife con miles y miles de geranios. Una acción de embellecimiento para premiar a nuestra gente 10, a todos los que quieren y cuidan la limpieza y el medio ambiente de Tenerife



CABILDO Y AYUNTAMIENTOS DE TENERIFE